

LA CAMPAÑA DE QUESADA (1224)

JUAN ESLAVA GALAN

En el presente trabajo intentamos determinar el itinerario seguido por Fernando III de Castilla en su primera entrada en Andalucía, la llamada campaña de Quesada (1224). Los aspectos políticos de esta campaña son bien conocidos. Intentaremos centrar nuestra atención en los militares, especialmente en lo relacionado con los castillos musulmanes que mencionan las fuentes.

1.—Antecedentes históricos

A la muerte del califa Yūsuf II (al-Mustansir, 1213-1223), se intensificó el proceso de descomposición que venía aquejando al imperio almohade desde hacía un cuarto de siglo.

Algunos gobernadores almohades de al-Andalus se independizaron en los territorios de sus jurisdicciones, negándose a aceptar la autoridad de Abū Muḥammad 'Abd al Wahīd al-Majlū', el recién nombrado sucesor de Yūsuf II. El gobernador de Murcia, al-'Ādil, se proclamó "emir de los creyentes" y fue reconocido por algunos gobernadores de al-Andalus, entre ellos por el de Jaén, 'Umar al-Mu'min, que luego sería llamado al-Bayyasī.

La obediencia de al-Bayyasī fue efímera. En aquel mismo año, siendo gobernador de Córdoba-Jaén, se rebeló contra el poder de al-'Ādil y consiguió que su autoridad fuese reconocida en un territorio que comprendía Córdoba, Granada y el Alto Guadalquivir (Jaén, Baeza, Ubeda, Quesada, entre otros lugares) (1).

Al-'Ādil atacó al rebelde y le arrebató fácilmente todos sus dominios excepto Baeza. Al-Bayyasī pudo retener esta ciudad a duras penas, después de sufrir en ella un asedio que, providencialmente para él, fue muy breve porque otros asuntos de mayor importancia reclamaban la presencia de al-'Ādil en Ma-

(1) TORRES DELGADO, Cristóbal: *El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)*, Granada, Ed. Anel, 1974, p. 65 y BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel: "La conquista de Jaén por Fernando III", *Rev. HISPANIA*, p. 72.

greb (2) o bien por temor a que las lluvias dificultasen el vadeo del Guadalquivir si se presentaban los auxilios cristianos que había solicitado al-Bayyāsī (3).

La situación de al-Bayyāsī era desesperada. Consciente de que la retirada del ejército de al-ʿĀdil sólo suponía una breve tregua y de que muy pronto volvería para despojarlo de sus últimas posesiones, renovó sus peticiones de auxilio a Castilla, acción que ya tenía precedentes en otros conflictos internos de al-Andalus.

Fernando III había seguido con interés los últimos acontecimientos en al-Andalus. A principios de junio se reunió con sus magnates en Muñó para discutir la situación en al-Andalus, probablemente después de recibir la embajada de al-Bayyāsī.

El momento era propicio para Castilla. Por una parte el reino estaba disfrutando de un período de relativa paz y prosperidad, por otra el territorio musulmán parecía dividido: al-ʿĀdil precariamente asentado en al-Andalus y el imperio comprometido en el Magreb, donde, además, tenía que hacer frente a los problemas de las rebeliones benimerines, y al-Bayyāsī refugiado en Baeza que negaba obediencia a al-ʿĀdil. Auxiliar a la más débil de las partes en conflicto dividiría y debilitaría las fuerzas de al-Andalus y supondría un excelente pretexto para emprender una campaña de conquistas al sur de Sierra Morena.

Auxiliando a al-Bayyāsī, Castilla se creaba una importante clientela política en la zona. Desde el punto de vista militar de la expedición, su ejército cumpliría una misión de reconocimiento y tanteo de las defensas del Alto Guadalquivir, cuya conquista era el próximo objetivo de Fernando III. Al propio tiempo, constituiría un adecuado ensayo general y entrenamiento para futuras operaciones.

Es evidente que Fernando III se proponía obrar con cautela y que no dejaba de tener en cuenta los errores que su predecesor, Alfonso VII, había cometido cuando intentó la misma empresa años antes.

La curia real y los magnates del reino aprobaron la decisión del rey de prestar a al-Bayyāsī la ayuda que solicitaba. Durante todo el resto del verano se ultimaron en Castilla los preparativos para esta campaña (Curia de Carrión), la primera contra los musulmanes desde las treguas de otoño de 1221 (4).

Participarían las milicias concejiles, los nobles y las Ordenes Militares, es decir, prácticamente todos los estamentos que en lo sucesivo llevaron el peso militar de la conquista en al-Andalus (5).

2.—La expedición

El ejército expedicionario salió de Toledo por San Miguel, hacia el 29 de septiembre, y atravesó Sierra Morena por los pasos del Muradal (6). Dice el Manuscrito Matritense: *e quando fue al puerto del Muladar extremo algaras que fuesen correr toda la tierra adelante*. Probablemente estas espolonadas irían hacia el sur, más allá de la zona de Andújar, en una operación de distracción que desorientase al poder almohade sobre la identidad del objetivo que iban a atacar los cristianos.

El rey de Baeza salió al encuentro de Fernando III y ambos monarcas mantuvieron una entrevista que habrían concertado previamente en el Muradal o a orillas del Guadalimar, río que quizá confunde el cronista con el vecino Guadalén, entonces límite entre Castilla y Baeza (7).

(2) El califa fue destituido y al-ʿĀdil proclamado en su lugar. Cfr. TORRES DELGADO, *op. cit.*, p. 64 y GONZALEZ, julio: "Las conquistas de Fernando III en Andalucía", *HISPANIA*, XXV, Madrid, 1946, p. 541.

(3) AGUIRRE SADABA, F. Javier y JIMENEZ MATA, María Carmen: *Introducción al Jaén islámico*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1979, p. 228.

(4) BALLESTEROS, *op. cit.*, p. 78.

(5) *Ibid.* p. 79

(6) *Ibid.* p. 80, dice que había tomado en septiembre Quesada y algunos castillos. No nos parece posible tanta celeridad en el camino Toledo-Muradal ni que la expedición, siempre laboriosa de reunir, pudiese adelantarse y salir antes de la fecha prevista. Julio González y otros escritores posteriores sitúan la salida de Toledo a fines de septiembre.

(7) Algunos autores sostienen que la entrevista ocurrió en el castillo de Baños de la Encina, pero para ello se

El ejército cristiano, al que probablemente se había unido un contingente cedido por al-Bayyāsī, o, al menos, guías expertos que lo condujeran, cruzó por tierras de Baeza y Ubeda y se dirigió contra Quesada.

Ubeda no prestaba obediencia a al-Bayyāsī, pero la expedición debió pasar por su territorio sin intentar atacarla, respetuosa quizá de sus excelentes defensas recién reconstruidas después de su arrasamiento más o menos total en 1212 (Campaña de las Navas).

Es seguro que después de atravesar el Muradal, el ejército se dirigió a Vilches, la plaza fuerte más meridional de Castilla y allí se detendrían a ultimar los detalles de la expedición y a descansar antes de internarse en territorio musulmán, aunque éste fuera el del rey de Baeza, que era aliado. Atravesarían luego el río Guadalén por los vados de Giribaile y pasarían por la antigua calzada que discurre al pie de monte, a la vista del castillo reformado por los almohades que ahora sería de Baeza, y, después de cruzar el Guadalimar, subirían a la loma por alguno de los múltiples caminos que discurren por la región Baeza-Ubeda. Probablemente, no se acercarían a ninguna de estas ciudades, sino que, pasando cerca de Baeza, descenderían al valle del Guadalquivir y probablemente avistarían el gran río a la altura de Ubeda la Vieja.

No es probable que atravesaran el Guadalquivir por esta zona. Más bien continuarían por su orilla derecha, remontando la corriente hasta pasada la confluencia del Guadiana Menor. Esta es la decisión más probable por una razón práctica: de este modo sólo tendrían que atravesar un río y no dos, y otra de seguridad: el Guadalquivir actuaría como un excelente foso natural para prevenir cualquier ataque que procediese del sur.

Después de cruzar el Guadalquivir por los vados, entre el Camino Viejo de Torreperogil y el Camino del Arroyo de las Salinas, atravesarían la región de Peal y, aprovechando la excelente caminería antigua, caerían rápidamente sobre Quesada, su principal objetivo. No olvidemos que para todo este trayecto contarían con excelentes guías suministrados por al-Bayyāsī.

Quesada había sido y era población de gran importancia y capital de una región natural. Los habitantes de los alrededores, evidentemente conocedores de la proximidad de la hueste castellana, se habrían refugiado en la capital, confiando en sus defensas. Esto explica el hecho de que la ciudad estuviese tan superpoblada cuando la tomaron los castellanos y que los otros castillos de la región que mencionan las crónicas estuviesen “desamparados”.

La facilidad con que la ciudad sucumbió al primer asalto queda explicada por la propia *Crónica General*: *el castiello era derribado por las muchas combateduras que los cristianos fezieran y dotras vezes*. Es razonable suponer que cuando los castellanos la abandonaron en 1157 arrasaran las fortificaciones y quizá en los sesenta y siete años que median entre aquella fecha y 1224 no habían tenido sus habitantes ocasión y medios para reconstruir debidamente las murallas. Lo que no es probable es que en ese conflicto medio siglo se hubiesen producido ataques cristianos de magnitud suficiente como para dañar las murallas de Quesada que es lo que pretende la *Crónica General*. Quizá eran visibles algunos destrozos recientes de su expugnación por los almohades que la arrebataron a al-Bayyāsī.

Si Fernando III no dejó guarnición en Quesada, cuya posesión era vital para el desarrollo de los planes futuros del monarca, fue porque el lugar, aislado de Castilla, era imposible de defender y por otra parte, el rey no estaba en situación de alterar los planes de la expedición —que era de tanteo y reconocimiento— demorándolos para fortificar la plaza. Tampoco hubiese sido políticamente conveniente tomar posesión de una población sobre la que su aliado, el rey de Baeza, reclamaba ciertos derechos. Incluso es posible que al-Bayyāsī la reincorporase a sus posesiones.

basan en la identificación Burgalimar = Baños, propuesta por HERNANDEZ JIMENEZ, F. en sus “Estudios de Geografía histórica Española II. Bury al-hamma = Burgalimar = Baños de en Encina”, *AL-ANDALUS*, Madrid, 1940, pp. 413-435. Esta identificación ha sido probada errónea por CORCHADO SORIANO, Manuel, en “Puntualizaciones sobre la identificación de Burgalimar”, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses (B. I. E. G.)*, núm. 90.

En Quesada quedan hoy pocos vestigios de fortificaciones. Los que hubo hasta fecha relativamente reciente eran del siglo XIII o posteriores, datables en el tiempo en que la plaza era ya posesión cristiana, lo que quizá confirma la idea del completo arrasamiento en que estaban las murallas cuando Fernando III la saqueó (8).

3.—Tres castillos de Quesada

Después del saqueo de Quesada, Fernando III demolió tres castillos de aquella región que halló “desamparados”. Estos fueron Lacra, Toya y Palos, cuya identificación intentaremos antes de continuar.

Lacra aparece con esta grafía en la *Crónica General* (9) y con la de *Letra* en el manuscrito de la Academia de Lisboa (10). En *De Rebus Hispaniae* es también *Lacra* (11), pero en el Manuscrito Matritense figura como *Lesar* (12). Se trata no obstante del mismo castillo porque todas las fuentes lo citan en el mismo orden.

El topónimo *Lacra* perdura aún hoy. Se trata de un caserío a nueve kilómetros al suroeste de Quesada. Es posición de gran valor estratégico, situada entre los cerros Magdalena (1.143 m) y Vitar (1.511 m), controlando las vías alternativas del Puerto de Huesa, que van desde Quesada a Tiscar o a Huesa remontando la orilla derecha del Guadiana Menor. Recordemos que ésta es la vía de penetración tradicional, usada ya desde la antigüedad, para alcanzar la hoya de Baza y la costa de Almería. Es la que siguió en 1147 Alfonso VII. De la variante *Lesar* parece derivarse *Lixar* castillo que en 1319 conquistó el infante don Pedro antes de tomar Tiscar (13). Es muy probable que se trate del mismo lugar.

No hemos descubierto en el lugar rastro alguno de defensas ni los comunicantes de la región consultados tienen idea de que las hubiese.

El segundo castillo que desmanteló Fernando III fue *Toua* (14), *Tena* (15), *Toria* (16) o *Yoyam* identificable con la Toya de los documentos posteriores. Dejemos para más adelante su estudio arqueológico.

El tercer castillo que asoló Fernando III en la campaña de Quesada fue *Pabes* (18), *Pollos* (19), o *Palos* (20); *Pilos*, *Peles* y *Pelos*, en otras grafías (21).

Juan de Mata Carriazo y Arroquia identifica este topónimo con la dehesa de Pelos que está en la orilla izquierda del Guadalquivir, cerca de la confluencia con el Guadiana Menor, término de Peal de Becerro, lugar muy estratégico.

(8) Carriazo supone que la muralla del norte data de la época en que el arzobispo de Toledo tomó posesión de Quesada, es decir, es posterior a 1230. Cfr. CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de Mata: *En la frontera de Granada, Sevilla*, 1971, p. 27.

(9) GONZALEZ, Julio: *Reinado y Diplomas de Fernando III. I. Estudio*, Córdoba, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Córdoba, 1980, p. 294.

(10) GIROT, Georges: “Chronique latine des rois de Castille. Jusqu'en 1236”, *BULLETIN HISPANIQUE*, Bordeaux, 1913, p. 102, núm. 43.

(11) MATA CARRIAZO, Juan de: *Colección diplomática de Quesada*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1975, p. LI.

(12) BALLESTEROS, *op. cit.*, p. 83.

(13) MORALES TALERÓ, Santiago de: *Castillos y murallas del Santo Reino de Jaén*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1959, p. 98.

(14) Según grafía de la *Crónica General*, Cfr. GONZALEZ, Julio: *Reinado...*, p. 294.

(15) En grafía del manuscrito de la Academia de Lisboa, Cfr. GIROT, Georges, *op. cit.*, p. 102.

(16) Grafía del Manuscrito Matritense. Cfr. BALLESTEROS, *op. cit.*, p. 83.

(17) Grafía de *De Rebus Hispaniae*, Cfr. CARRIAZO, Juan de Mata *Colección...*, p. LI.

(18) *Crónica General*, ed. de Ocampo. Cfr. GONZALEZ, Julio: *Reinado...*, p. 294.

(19) Según el manuscrito de la Academia de Lisboa. Cfr. GIROT, Georges, *op. cit.*, p. 102.

(20) *Manuscrito Matritense*. Cfr. BALLESTEROS, Manuel, *op. cit.*, p. 83.

(21) CARRIAZO, Juan de Mata: *Colección...*, p. LI.

Para regresar al Guadalquivir la hueste castellana no siguió el mismo itinerario de la venida sino que lo hizo en sentido paralelo al curso del Guadiana Menor por el piedemonte de la Sierra de Toya. En este posible itinerario se encuentran los tres castillos “desamparados” de Lacra, Toya y Palos, y además en el mismo orden en que los mencionan las crónicas.

Si aceptamos este itinerario, los expedicionarios cruzarían de nuevo el Guadalquivir por la zona de Ubeda la Vieja, donde existen dos vados, y luego seguirían el curso del río bajando por la orilla derecha, *por la ribera del Guadalqueuir ayuso*, que dice la crónica, con lo que volvían a servirse del magnífico foso natural para dificultar cualquier posible ataque de fuerzas procedentes del sur. Tornarían a pasar junto a Ubeda la Vieja que sería ya entonces un despoblado o bien lugar afecto a al-Bayyāsī puesto que de lo contrario la habrían atacado y esto se reflejaría en las crónicas.

4.—Los tres castillos de Jaén

Aguas abajo, a pocos kilómetros al este de Mengíbar, encontraron el castillo de Iznadiel, estratégicamente situado en la confluencia del Guadalimar y el Guadalquivir. Este es el *Emader* de la *Crónica General* (22) o *Esmader* (23), *Cosnador* en el Manuscrito Matritense (24). El topónimo contiene el vocablo árabe *ḥiṣn* (castillo). Los expedicionarios lo asolaron y cruzaron el Guadalimar precisamente por el vado, al norte del actual caserío, que parece haber aconsejado el emplazamiento de un fuerte en aquel lugar. Iznadiel es hoy cortijada casi abandonada en la que no detectamos restos de fortificación antigua.

El siguiente objetivo del ejército castellano fue el castillo de Estiviel, hoy conocido por este nombre y por el de Las Huelgas. La *Crónica General* lo llama *Esclamel* (25) y el Manuscrito Matritense *Estri-nel* (26). También fue asolado por los expedicionarios. Dejemos su estudio histórico-arqueológico para más tarde y prosigamos con el itinerario de la expedición de Quesada.

A seis kilómetros al oeste de Estiviel, los castellanos asolaron otro castillo: el de Espeluy que también custodiaba un importante vado y nudo de comunicaciones.

Del castillo musulmán de Espeluy no quedan hoy restos identificables. En su lugar se levantó una fortaleza ya cristiana, en el siglo XIII, de la que sobrevive la torre del homenaje, uno de los más bellos e interesantes ejemplares que conocemos.

Estos fueron los seis castillos que Fernando III asoló en la campaña de Quesada. Ninguno de ellos sufrió asedio regular ni fue tomado por las armas. Los tres de la región de Quesada ya vimos que estaban “desamparados” a la llegada de los castellanos; en los tres de la región de Jaén, los defensores *prey-tearon con el rey que los dexare salir tan solamente con los cuerpos y quel darien los castiellos e el rey touol por bien* (27). Es evidente que el dispositivo defensivo almohade dejaba mucho que desear en este año lleno de conflictos y problemas internos y que esta circunstancia convirtió la expedición de Fernando III en poco menos que un paseo militar.

Tradicionalmente, se viene diciendo que en la campaña de Quesada Fernando III fue contra Jaén, siguiendo el texto de la crónica. A nuestro entender este aserto ha de ser interpretado no en sentido estricto, es decir, referido a la ciudad de Jaén propiamente dicha, sino en un sentido mucho más amplio referido al territorio de la ciudad en el que los castillos de Iznadiel, Estiviel y Espeluy estaban enclavados. Estos castillos eran parte de la línea avanzada que a lo largo del foso del Guadalquivir y haciendo frente a los caminos que bajaban del Muradal, defendía el territorio de la ciudad y su campiña.

(22) Ed. Ocampo. Cfr. GONZALEZ, Julio: *Reinado...*, p. 294.

(23) GIROT, Georges, *op. cit.*, p. 102, núm. 43.

(24) BALLESTEROS, Manuel, *op. cit.*, p. 81.

(25) GONZALEZ, Julio: *Reinado...*, p. 294.

(26) BALLESTEROS, Manuel, *op. cit.*, p. 83.

(27) Cita de la *Crónica General*. Cfr. GIROT, Georges, *op. cit.*, p. 103.

5.—El regreso y el episodio de Víboras

Llegado a Espelu, el ejército expedicionario estaba ya en la vertical del Muradal al pie de los caminos que tradicionalmente comunican el Guadalquivir con Castilla y en la mejor posición posible para emprender el regreso que forzosamente tendría que ser lento debido al nutrido contingente de cautivos y botín que llevaban consigo. Por otra parte el tiempo apremiaba: pronto se intensificarían las lluvias y los caminos se pondrían intransitables.

Fernando III regresó a sus territorios y entró triunfalmente en Toledo por San Martín (11 noviembre) (28). En su algará había dado muerte a mil quinientos musulmanes y cautivado a otros muchos (29). Su expedición había puesto de manifiesto la fuerza de Castilla y la debilidad de al-Bayyāsī, que en adelante quedaría relegado a la condición de mero comparsa, dependiente de la protección que pudiera dispensarle el rey de Castilla. Un contingente de caballeros cristianos quedó acuartelado en Baeza en previsión de nuevos ataques de al-‘Ādil que, en efecto, no tardarían en producirse.

El Manuscrito Matritense habla de una espolonada enviada por Fernando III desde Espeluy a Víboras, castillo al sur de Martos, porque tuvo noticias de que allí había *gran hueste de alaraués con sus ganados*. Allí envió, dice la fuente citada, a Lope Díaz y a los maestros de Santiago y Calatrava con sus freires. Derrotaron a los moros y regresaron con gran botín.

Difícil saber la veracidad y alcance de este relato. Nos parece que caben dos posibilidades:

1.—Martos y Andújar eran en 1224 afectas a al-Bayyāsī (que por esto pudo cederlas a Fernando III al año siguiente). En tal caso, el episodio del ataque a Víboras, a la retaguardia de Martos, podría ser verídico e incluso inspirado por el propio al-Bayyāsī que parece encauzar los golpes de Fernando III contra los núcleos enemigos más próximos a su territorio.

2.—Martos y Andújar volvieron a la obediencia de al-Bayyāsī a raíz de la campaña de Quesada y subsiguiente derrota de la expedición de ‘Uṭmān ben Abī Ḥafs, enviada por al-‘Ādil aquel mismo año (30). En este caso es más difícil aceptar que una cabalgada de cuatrocientos caballeros más la gente de los maestros de Santiago y Calatrava haga dos jornadas de camino por territorio enemigo al sur del Guadalquivir (42 km), para atacar un castillo, dejando con ello considerablemente debilitada la hueste principal que, además, está entorpecida con la custodia de una muchedumbre de prisioneros y bagajes.

Cabe pensar que los datos que da la fuente están considerablemente hinchados y que el episodio de Víboras —por otra parte no confirmado en las otras crónicas— fue simplemente el objetivo de la espolonada de diversión que ya desde el Muradal parece que lanzó Fernando III al mando del experto Lope Díaz.

6.—Una hipótesis sobre la duración de la campaña

En la época que estamos estudiando un ejército en campaña cubría unos veinticinco kilómetros diarios siguiendo un ritmo de marcha regular. Si la expedición castellana salió de Toledo hacia el 29 de septiembre pudo cumplir los 130 kilómetros que la separaba de Vilches, plaza fuerte avanzada castellana, en unas seis jornadas. Llegarían a Vilches, pues, sobre el 7 de octubre. Concediendo que se demorasen en Vilches un día, llegarían a Quesada, siguiendo el itinerario que proponemos, el 12 de octubre. El saqueo de la ciudad y sus alrededores pudo entretenerlos dos o tres días. Hacia el 14 de octubre destruirían Pelos, el 15 Toya y el 18 pudieron atravesar de nuevo el Guadalquivir. De Quesada al Muradal, pasando por Espeluy hay 280 kilómetros. Es de suponer que por este camino progresarían más despacio

(28) GONZALEZ, Julio: *Las conquistas...*, p. 545.

(29) *Anales Toledanos II*.

(30) GONZALEZ, Julio: *Las conquistas...*, p. 545.

debido a la muchedumbre de prisioneros y al botín que llevaban con ellos. Reduzcamos sus jornadas a 20 kilómetros diarios. Ello daría 14 días de marcha. Pero a éstos hemos de sumar algunos otros, por demora para arrasar los castillos de Iznadiel, Estiviél y Espeluy. Digamos tres días más, lo que sumarían 18. Si lo aceptamos, los expedicionarios estarían en el Muradal sobre el 5 de noviembre. Llegar a Toledo desde allí les pudo costar otras seis jornadas. Llegarían a la capital de Castilla sobre el 11 de noviembre, festividad de San Martín, que es la fecha que aducen los historiadores (31).

7.—Toya. Estudio arqueológico

Del castillo de Toya quedan hoy las imponentes ruinas de una gran torre cuadrada que señorea la cumbre del cerro homónimo en la Sierra de Toya. En esta fértil región se enclavaba el núcleo hispano-romano de Tugia del que se descubren abundantes restos arqueológicos por toda la comarca (sepulcro íbero de Toya en un cerro vecino al del castillo, acueducto de Hornos de Peal, etcétera).

La evidencia arqueológica demuestra que esta región siempre estuvo densamente poblada y seguramente en la antigüedad y edad media más que ahora.

La primera mención del castillo de Toya que conocemos es la que hace Al-Idrīsī (32) que se limita a mencionar la existencia de un *Hişn Tüya* dependiente de Quesada. Vuelven a mencionarlo las fuentes cristianas de 1224 que sólo nos informan de su destrucción por Fernando III.

Después de la campaña de Quesada transcurren siete años de los que no tenemos noticias relacionadas con el castillo. Es presumible que, pasado el peligro, el lugar volviera a poblarse de musulmanes. El 20 de enero de 1231 Fernando III otorgó al arzobispo de Toledo las villas y tierras de Quesada y Toya. El arzobispo ocuparía estas tierras en aquel mismo año (33). Los nombres de Toya, Pelos y Lacra aparecen en la lista de castillos que el prelado conquistó antes de abril de 1231 (34).

Toya queda incorporada al adelantamiento de Cazorla y sigue su suerte en lo sucesivo. Entre 1295 y 1312 ocurren en esta zona *una serie de turbulencias cuyos detalles se nos escapan* (35). La región es conquistada y perdida sucesivamente por los musulmanes granadinos en dos o tres ocasiones. Es razonable suponer que Toya siguió la suerte de toda la comarca de Quesada. Está fechada su definitiva recuperación por Castilla a raíz del tratado de Algeciras (otoño de 1309) (36). A partir de este momento, Quesada y su territorio pasan a ser jurisdicción de Ubeda (37). En 1378, Enrique II manda al concejo de Cazorla que restituya a Ubeda entre otros lugares el de Toya, en término de Quesada (38).

En lo sucesivo el nombre de Toya aparecerá rutinariamente en las relaciones de villas y castillos de Quesada, sin ningún relieve propio.

En el siglo XVII sabemos que era un despoblado, pero probablemente decayó mucho antes debido a la incomodidad de su situación que aconsejaría a sus habitantes trasladarse al valle cuando dejaron de existir las razones militares que habían motivado su emplazamiento en las alturas. Jimena Jurado anota en su *Catálogo: a poca distancia del Saltus Tugiensis* (puerto) *a la parte occidental del estava el sitio donde aora se ven sus ruinas, y una torre que todavía retiene el nombre con que la reconoce Claudio Tolomeo lib. 2, cap. 4 en la tabla 2 de Europa llamándola Tuia y situándola en la parte que corresponde a Toia que así se llama en español esta torre que en otros autores se halla con el nombre de Tugia* (39).

(31) GONZALEZ, Julio: *Las conquistas...*, p. 545.

(32) AGUIRRE SADABA, *op. cit.*, p. 50.

(33) GONZALEZ, Julio: *Reinado...*, p. 315.

(34) *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 80, p. 16.

(35) CARRIAZO, Juan de Mata: *Colección...*, p. LXVIII.

(36) TORRES DELGADO, *op. cit.*, pp. 237-8.

(37) Privilegio de Alfonso XI otorgado en Sevilla el 22-I-1331. Cfr. MATA CARRIAZO: *Colección...*, p. 31.

(38) *Ibid.*, p. 49.

(39) JIMENA JURADO, Martín de: *Catálogo de los obispos de las iglesias, Catedrales de Jaén y Baeza y anales eclesiásticos deste obispado*, Madrid, 1654, pp. 2 y 322-3, donde copia inscripción romana de la torre.

En 1935 se hizo arrancar de sus muros una piedra con inscripción árabe para evitar que fuese sustraída por particulares (40). Desconocemos el paradero actual de esta lápida.

Juan de Mata Carriazo anota de esta torre: *está construida con materiales de acarreo ibéricos y romanos, como inscripciones, ornatos arquitectónicos y un relieve mutilado con una escena de agricultura, es como una estela melancólica de la pasada grandeza* (41).

Hasta aquí los testimonios de diversos autores. Examinemos ahora los restos de las fortificaciones de Toya.

La torre de Toya

A unos cinco kilómetros de Peal de Becerro, por la carretera llamada de Toya, se llega a una bifurcación. El ramal de la derecha conduce a la cámara sepulcral ibérica. La carretera prosigue por el de la izquierda y tras ocupar un pequeño puente termina en el pilarillo de la ermita justo en el piedemonte del cerro donde está enclavado el castillo. Su mole cúbica es bien visible a lo largo de todo el trayecto descrito. El cerro está situado en el extremo de una cadena de cerros de 540 metros de altura que se alzan entre el barranco del Castillo y la Rambla del Piojo.

El cerro del castillo tiene las laderas muy pendientes lo que hace penoso el ascenso. La cumbre está ocupada por la torre cuadrada y, a su alrededor, descendiendo a veces en forma de terrazas, seguramente artificiales o parcialmente artificiales, se ven restos de población muy enterrados que apenas dejan adivinar algunos muros. La superficie, no cultivable, muestra gran cantidad de cerámica vidriada, seguramente medieval, y alguna "terra sigilata". Es muy difícil, sin previa excavación, calcular la extensión e importancia de la población y castillo que se asentaron en aquel lugar. El emplazamiento es excelente. Al piedemonte hay fértiles campos y agua abundante (fuente de la ermita, ya mencionada junto a probables restos de aljibes musulmanes, y arroyo de Toya).

Concentremos nuestro estudio en la torre. Se trata de una construcción monumental a pesar del estado ruinoso en que se encuentra. Su planta es cuadrada y tiene 11,50 metros de lado. No es posible averiguar la altura original, puesto que todo el conjunto está desmochado, ni el tipo de huecos que presentaba, aunque hay vestigios de ellos en el núcleo de relleno de los muros (¿ventanas o saeteras?). Los sillares labrados de los que hablaba Juan de Mata Carriazo han sido expoliados en los últimos años. Restan tan sólo un par de ellos que los saqueadores despreciaron porque estaban demasiado deteriorados por el tiempo.

Los muros tienen una anchura de 2,20 metros, de los que 1,60 corresponde a un rellano interior de calicanto y el resto de un revestimiento exterior de sillares y otro interior de mampostería. Los sillares del revestimiento interior tienden a una disposición regular de saga y tizón. Todos ellos son reaprovechados de los edificios ibéricos y romanos que abundaban en la región.

En la parte interior de la torre hay señales visibles de un muro de 0,90 metros de ancho que dividía interiormente el espacio y creaba dos habitáculos paralelos, probablemente sostenidos por sendas bóvedas de medio cañón.

Es extraordinariamente arduo postular una cronología para esta construcción. Por la disposición a saga y tizón del aparejo exterior podría ser califal, pero la estructura del relleno de calicanto y piedra no descarta una construcción posterior, quizá bereber, que utilizase los sillares en el papel de los encofrados de sus construcciones de *tābiya*. No olvidemos que los muros de calicanto quieren siempre imitar otros de sillería y que por eso se les dibuja este noble aparejo sobre los enlucidos. ¿Quién sabe si, en época califal o bereber, los constructores de esta torre simplemente aprovecharon la abundancia de sillares bien labrados por los romanos que había en el entorno y decidieron colocar a su torre de calicanto un revestimiento de verdadera sillería? Refuerza esta hipótesis la desmedida anchura del muro. Con sólo su anchu-

(40) *El Adelantado de Cazorla*, año 1935, p. 295.

(41) CARRIAZO, Juan de Mata: *Colección...*, p. XXIV.

ra de tapial (1,60 metros) hubiese sido suficientemente resistente sin necesidad del revestimiento de piedra que parece más bien suntuario y obra de alarifes que no están acostumbrados a emplear este material ni calculan bien su resistencia.

Así pues, la torre puede datar de época califal, pero también podría ser bereber y no acaban aquí las hipótesis dignas de consideración. No podemos descartar una tercera posibilidad: que la torre sea cristiana del siglo XIII, una torre del homenaje construida para enaltecer el desaparecido castillo de Toya que también habrían construido los cristianos después del arrasamiento de 1224.

Esta ambigüedad de posibles cronologías viene impuesta por dos factores. 1. El material reutilizado es romano o ibérico. No nos sirve para fechar la construcción. 2. El relleno utilizado es demasiado común para que fundemos en él una hipotética cronología. Además no se advierte en su mezcla ningún elemento cerámico que pudiese ayudarnos a fecharlo.

En cuanto a las posibles bóvedas de cañón que parecen insinuarse en el interior nada nos indica que sean de la misma época que el resto de la torre y en cualquier caso lo mismo podrían ser musulmanas que cristianas. Como en tantas otras ocasiones, hay que dejar a los arqueólogos del futuro que excaven el lugar la última palabra en la cuestión de la cronología del castillo de Toya.

Admitamos que el estudio de los materiales no es suficiente para aclarar la cronología de la torre de Toya y desviemos ahora nuestra atención sobre su tipología. Esta sí que puede ayudarnos a fechar la torre. Examinemos las dimensiones de algunos paralelos: la torre del homenaje de Estiviel mide 11,60 metros de lado; la de Jarafe, 11,70 metros; la de Víboras, 11,50; la de Martos, 11,80 metros (en su lado menor, puesto que es rectangular). Todas éstas son fechables en la primera mitad del siglo XIII, recién construidas estas tierras por los conquistadores cristianos. Luego la torre de Toya, cuya función y dimensiones son muy similares a las de las torres que acabamos de anotar, bien podría ser una construcción cristiana de la misma época.

A la vista de estos datos nos inclinamos a admitir la posibilidad de que esta torre sea edificio cristiano del siglo XIII, posibilidad algo contrariada por el hecho de que en la región del Atlas presahariano, lugar de procedencia de los bereberes que enseñorearon al-Andalus durante los siglos XI y XII, también existen algunas casas fuertes de proporciones parecidas a las de las torres de homenaje cristianas que citábamos más arriba. Por vía de ejemplo mencionaremos la de Tiquemmi nait allah que tiene 11,20 metros de lado (42).

8.—El castillo de Estiviel

La primera mención histórica de Estiviel que conocemos se remonta precisamente a 1224, es decir, a las crónicas que relatan la campaña de Quesada. Sin embargo, es evidente que el castillo existía ya en época musulmana e incluso en la antigüedad, como luego veremos. Su tardía aparición en los documentos puede tener una explicación sencilla: las fuentes musulmanas lo citan con otro nombre. Seguramente se trata de uno de los muchos castillos musulmanes del reino de Jaén que están por identificar y que a veces corresponden al emplazamiento de otro cristiano de época posterior. Esta circunstancia limita el estudio de la trayectoria histórica de este castillo al período bajomedieval.

Diecinueve años después de la campaña de Quesada, cuando ya Castilla había conquistado definitivamente estos territorios, Fernando III otorga Estiviel a Baeza en privilegio fechado en 1243 (43).

(42) MEUNIE, Jacques: *Architectures et habitats du Dadés*, París, 1950.

(43) ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo de: *Nobleza del Andalucía*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1957, pp. 232-3, y RODRIGUEZ MOLINA, José: *El reino de Jaén en la Baja Edad Media. Aspectos demográficos y económicos*, Granada, Universidad de Granada, 1978, p. 30. El texto dice: *y también os doy la torre de Estiviel que está en vuestro término.*

En 1269 sería entregado en señorío (44). En 1321 Baeza concede la torre de Estiviel por juro de heredad a don Dña Sánchez de Biedma, justicia mayor de la casa del rey y alcaide de Jaén, Quesada y Tiscar (45). Las condiciones del contrato eran que *la non pueda dar, nin vender, ni camiar, nin empear... que acojamos a ella a los vezinos de Baeça, cada que menester fuere en gracia e en paz* (46).

Jimena Jurado es el primero que identifica este *castillo arruinado junto al Guadalquivir* con el Esclamel de la *Crónica General* y aporta, junto a la noticia de su ruina ya en el siglo XVII, un nuevo dato: *es señorío de la casa de Benavides* (47).

Con el nombre de *Estibiel* aparece en el mapa de Thomas López en 1761. Ya en nuestros días no pasa desapercibido al castellólogo Morales Talero que lo considera *torreón romano o prerromano* y aduce en su apoyo la docta opinión de Angel Delgado para el que se trata de *el templo de Jano miliario aureo, especial de la Bética* (48).

Ignoramos la procedencia del nombre moderno de Las Huelgas con el que la gente de la región conoce el castillo.

Estudio arqueológico

Por la carretera general que va de Jaén a Bailén, doscientos metros después de pasada la señal del kilómetro 307, sale un carril agrícola a la izquierda. Este carril remonta una suave colina de 343 metros de altura, plantada de olivos, y lleva a una señorial casa cortijo llamada de Las Huelgas en cuya vecindad se alzan las ruinas del castillo de Estiviel. La fortaleza está estratégicamente situada sobre el Guadalquivir que discurre bordeando su piedemonte oeste (49).

Al sur de la colina donde se asienta el castillo hay una espaciosa vega recorrida por el Guadalquivir. Aquí estuvo la antigua Iiturgi iberorromana. Enfrente, al otro lado del río se columbra Mengibar, otra fortaleza y población medieval distante de Estiviel 4 kilómetros. Desde la plaza de armas de Estiviel también se divisa el castillo de Jaén distante 33 kilómetros.

El ámbito del castillo de Estiviel es curiosamente circular y esto se debe a que probablemente se asienta sobre una fortificación prerromana que tenía esta forma, un *oppidum* que aprovechaba la excelente disposición del terreno, su riqueza, su posición estratégica y la cercanía del gran río (50). Un somero reconocimiento del terreno parece confirmar que el lado de la colina donde se asienta el castillo ha sido realzado artificialmente mediante acumulación de tierra y que esto ha ocurrido a dos niveles, concéntricamente dispuestos, que probablemente estuvieron complementados en su día por sendas cercas de piedra o madera de las que parece haber algún resto muy enterrado.

Las defensas del castillo exceden al perímetro de los dos niveles citados y parecen organizarse a modo de tercer círculo concéntrico que se desvía hacia el suroeste buscando la disposición más idónea para aprovechar la configuración natural del terreno: el zócalo rocoso existente por ese lado y el escarpe del cerro por el oeste.

(44) RODRIGUEZ MOLINA, *op. cit.*, p. 30.

(45) HIGUERAS MALDONADO, Juan: *Documentos latinos de Ubeda*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, p. 14. RODRIGUEZ MOLINA, *op. cit.*, p. 32.

(46) ARGOTE DE MOLINA, *op. cit.*, p. 373.

(47) JIMENA JURADO, *op. cit.*, p. 468. Este autor estuvo interesado por aquellas ruinas y tuvo la intención de hacerlas figurar en su colección de planos de fortificaciones giennenses. En el Ms. *Antigüedades de Jaén*, 1.118 de la Biblioteca Nacional, hay un folio en blanco, en núm. 166, que lleva por título *Estibiel*. Era el destinado al dibujo que nunca tuvo oportunidad de realizar.

(48) MORALES TALERO, *op. cit.*, p. 95.

(49) *El río se ve obligado a atravesar la loma de Jabalquinto, hundiéndose en un tajo que alcanza su mayor altura sobre la margen derecha del río en el torreón de la casa de Las Huelgas*. Cfr. HIGUERAS ARNAL, Antonio: *El Alto Guadalquivir. Estudio Geográfico*, Zaragoza. Instituto de Estudios Giennenses, 1961, p. 33.

(50) ARTURO RUIZ: Tesis doctoral inédita. Departamento de Prehistoria, Universidad de Granada.

El lado más accesible de la fortaleza es el este. Aquí se levanta, perfectamente orientados sus lados según los puntos cardinales, lo que resta de una impresionante torre del homenaje hecha de calicanto. Su planta es cuadrada y mide 11,60 metros de lado. Su muro exterior, por el lado del este, alcanza todavía a la altura de un tercer piso pero los laterales están muy deteriorados y el posterior ha desaparecido por completo dejando sólo el podio macizo donde se asienta el conjunto. En el muro exterior podemos observar ocho huecos correspondientes dos de ellos al primer piso, tres al segundo y dos al tercero. Los huecos del primer piso parecen simples saeteras, los del segundo y tercero serían algo más amplias pero es difícil determinar algo al respecto debido al deficiente estado de los restos.

En el costado de la torre que mira al sur se practicó en época indeterminada una abertura para habilitar el aljibe de la torre como vivienda. El aljibe es una hermosa construcción de mampostería con señales de enlucido que ocupa casi toda la anchura de la torre y se dispone longitudinalmente junto a la fachada interior dejando macizo el resto del espacio hasta la fachada exterior. Un excelente aprovechamiento del espacio y del material que permite disponer de una gran reserva de agua en la torre sin debilitar la resistencia de su parte inferior que sigue siendo impenetrable por el lado en que, previsiblemente, pueden atacarla.

En la ruina de la torre observamos una serie de detalles interesantes:

– Los huecos del segundo piso están dispuestos de modo que se intercalen entre los del primero evitando de este modo que coincidan en la misma vertical, lo que crearía líneas de mínima resistencia que podrían arruinar la torre. La creación, sin embargo, de líneas de mínima resistencia en sentido longitudinal, parece que no era peligrosa porque el propio peso de la parte superior de los edificios mantenía la fábrica unida.

– Entre los pisos primero y segundo, y a modo de divisorio de sus respectivos espacios, existe un estrechamiento del grosor del muro que posibilita la creación de una repisa donde descansarían las vigas y tabloneros del piso divisorio. Lo mismo ocurre entre el segundo piso y el tercero. Este tipo de disposición es idéntico al que vemos en la torre de Castro, cerca de Jaén, que es seguramente bereber. Nos indica entre otras cosas que la obra interior era de materiales ligeros más bien que de yeso y mampuestos.

– Sobre el hueco del segundo piso lindante con el muro del norte se observa la marca de un amplio arco que posiblemente nos señale un detalle de la arquitectura interior de la torre. ¿Una habitación cubierta por bóveda de medio cañón?

– El corte de los muros muestra su estructura interior: ciertos orificios longitudinales que quedaron después de la desaparición de las vigas de madera que se empotraban para dar consistencia a la obra. A la altura del primer piso, donde el muro era más grueso (1,90 m) se observan los agujeros de dos vigas colocadas paralelamente. Más arriba, donde el muro es más estrecho, sólo se ven orificios de una viga.

– Los mechinales dejados por los palos del encofrado se disponen a unos 85 centímetros de distancia de la hilera inferior lo que equivale a dos codos de 0,42 metros, aproximadamente.

– Por sus fachadas norte y este, la torre está rodeada de una especie de cobertizo de construcción moderna que presenta indicios de asentarse sobre el cimiento de los restos de un antemuro. Por parecernos todo ello de cronología muy dudosa no lo hemos recogido en el plano.

En la fachada norte y en su parte baja, a poca altura sobre el nivel del suelo observamos la existencia de un fuste de columna de mármol (probablemente romana y procedente de la vecina Iliturgi), que fue empotrada en el muro para dar consistencia a la obra. Idéntico uso se hace de fustes de columnas grecorromanas en los muros del castillo de Sidón construido por los cruzados en Tierra Santa.

El torreón bereber

En el lado del castillo que mira al norte existen dos edificaciones que merecen mención. La primera de ellas es una especie de pozo de mampostería y sillarejo, parcialmente excavado en la roca. El pozo tiene 3,90 metros de diámetro y no parece muy profundo, quizá unos cinco metros aunque esto es difícil de calcular porque está parcialmente relleno de escombros y basuras. Por su lado del norte el pozo aparece abierto de arriba abajo por una escotadura artificial de bordes bien rematados con sillarejos. Ignora-

mos qué empleo pudo tener esta curiosa obra. ¿Sería calera quizá, de las empleadas para fabricar la impresionante cantidad de cal que se utilizó en la construcción de la torre del homenaje?

A pocos metros del pozo que acabamos de describir hay un macizo torreón de calicanto que remata en ruinoso terraza rodeada de parapetos. No se puede apreciar si éstos estuvieron almenados. La distancia entre encofrados es también de unos 80 centímetros, similar a los de la torre del homenaje. Sin embargo, se aprecia bien que las construcciones no responden al mismo programa porque el calicanto empleado en cada una de ellas es muy distinto. En la torre es oscuro y contiene una proporción muy alta de grava y pequeños gujarros procedentes del cercano río. En el torreón la proporción de cal y arena es mucho mayor, lo que le da un aspecto blanquecino muy similar al de otros torreones bereberes de la región (Andújar, Jaén, Giribaile). Este torreón es también bereber por sus proporciones (7,66 metros de altura; 4,60 metros de frente, y 4,50 metros de lado). Restos de la muralla de similar calicanto en que se apoyaba, hoy casi totalmente desaparecida, son visibles por el lado del este, y, menos claramente, por el del oeste.

En el remate del torreón y por sus lados norte, este y oeste, son visibles unas amplias fisuras que parecen anunciar la próxima ruina del edificio. Estas fisuras corresponden seguramente a los planos de unión de las distintas *ṭābiya* del encofrado a una misma altura. Ignoramos la causas mecánicas que determinan esta línea de mínima resistencia en el torreón comentado. Probablemente expliquen la inclusión en los torreones de la cerca bereber (quizá almohade) de Andújar unos refuerzos de piedra y ladrillo que ocupan justamente los sectores que en este torreón aparecen agrietados y abiertos (51). ¿Será quizá que en los cuerpos superiores de los torreones que habían de ser huecos o parcialmente huecos para recibir escaleras y terraza, no se disponían las *ṭābiya* en relación isódoma y esta anomalía acarrearba el deterioro de la obra?

Por la parte del noroeste la cerca ha desaparecido casi por completo. Los pocos vestigios que quedan dejan entrever que el trazado se adaptaba a la pendiente del talud natural que describe un semicírculo por esta parte. Hay indicios de la existencia de un doble muro o del conjunto muro-antemuro.

En el lado del oeste y diametralmente opuestas a la torre del homenaje, volvemos a encontrar ruinas importantes. Un bastión de calicanto que se asienta sobre zócalo de sillarejo. El bastión tiene 8,10 metros de fachada por 3,40 de lado. Es macizo y su excelente conservación le presta un aspecto casi moderno. Todavía conserva casi íntegro el enlucido de su plano frontal, lo que oculta bastantes mechinales del encofrado.

En la parte superior del bastión, y algo descuadrada hacia la parte del norte, hay otra construcción de características similares pero más reducida y atrasada. Esta presenta huellas de haber estado coronada por un parapeto.

¿Se debe la excelente conservación de estos restos a la excepcional calidad de su calicanto o a su posición, resguardada de los vientos dominantes y algo desviada de la cima de la colina? Es difícil responder a esta pregunta. Una serie de características atípicas nos aconseja dejar en el aire la cuestión de su cronología. En primer lugar la tipología observable. Esta clase de bastiones caracteriza más bien la fortificación de la antigüedad. En segundo lugar, el cemento de excepcional calidad que emplearon sus alarifes. ¿No estaremos ante restos de una obra romana? Si la próspera Iliturgi se extendía a los pies de este cerro y la cumbre estuvo ya fortificada en la antigüedad, no tendría nada de particular que los romanos hubiesen reforzado las primitivas defensas de esta cima con algunas obras propias. Quede apuntada, pues, esta posibilidad aunque los elementos de juicio de que disponemos no nos permitan ir más allá.

Toda la parte del suroeste del castillo se apoya sobre un robusto zócalo rocoso excepcionalmente dispuesto para la defensa. Por aquí no quedan vestigios de fortificaciones puesto que éstas se limitarían a un débil parapeto. Donde las rocas terminan, por la parte del sureste, vuelve a emerger la huella humana en forma de talud y cerca de mampuestos muy aislada y enterrada.

(51) ESLAVA GALAN, Juan, y CORCOLES DE LA VEGA, Juan Vicente: "Las fortificaciones Medievales de Andújar", *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 103, Jaén, 1981.

LA CAMPAÑA DE QUESADA (1224)

Se ve que la entrada de la fortaleza estaba por la parte del sudeste, junto al costado sur de la torre del homenaje, donde hay huellas de camino medieval realzado. En este sector encontramos otro aljibe semienterrado debajo de un túmulo. Tiene forma rectangular y presenta su interior dividido en dos compartimentos por un tabique medianero que no sabemos si será obra original o datable tan sólo de la utilización del aljibe como vivienda. La bóveda es de factura muy tosca y algo apuntada.

Otra obra hidráulica se detecta en el recinto del castillo. Por la parte del noroeste existe una acanaladura mitad natural, mitad artificial que podría corresponder a un desagüe. Este desemboca junto al bastión rectangular.

En el plano de Estiviel observamos la curiosa disposición circular de sus defensas, con la espaciosa plaza de armas realzada por el podio de tierra apisonada que queda en el centro y los otros dos círculos concéntricos, más irregular el exterior, que la rodean. Este castillo representa probablemente una síntesis acumulativa de la fortificación de todos los poderes que a lo largo de la historia detentaron el dominio de la región.

Cronología

Sobre un *oppidum* prerromano que ha dejado curiosos vestigios en la obra de tierra observable en Estiviel, se proyecta una ocupación bereber (torreón de la muralla norte) y otra cristiana del siglo XIII correspondiente a la torre del homenaje. Esta fue probablemente construida por alarife cristiano pero con mano de obra y procedimientos musulmanes (calicanto y disposición interior fiada a obra de madera más que de albañilería). Queda sin determinar la cronología del bastión oeste.

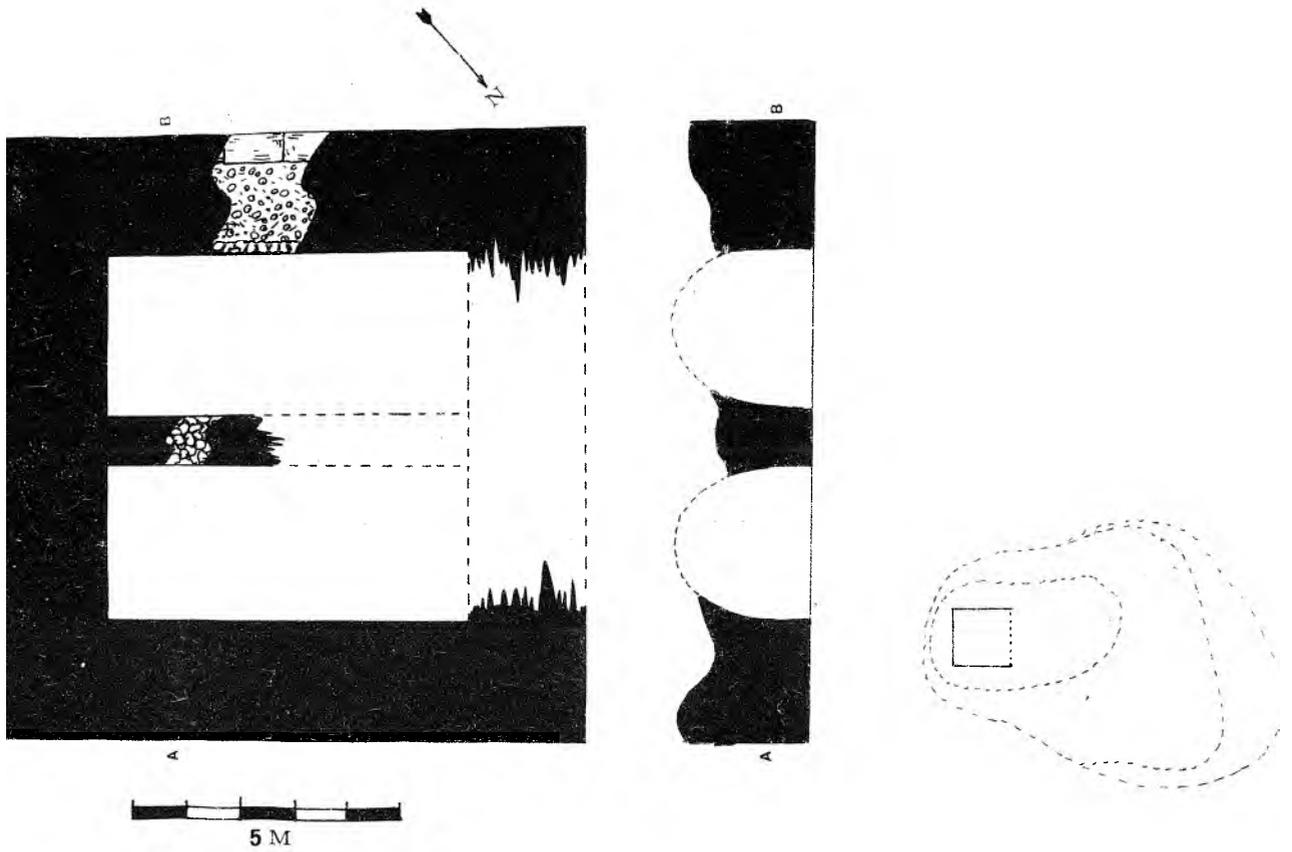
¿Cómo encaja esta cronología que proponemos con los datos históricos?

– Los bereberes reforzaron y ampliaron el castillo preexistente mediante la construcción de un circuito amurallado guamecido por torreones.

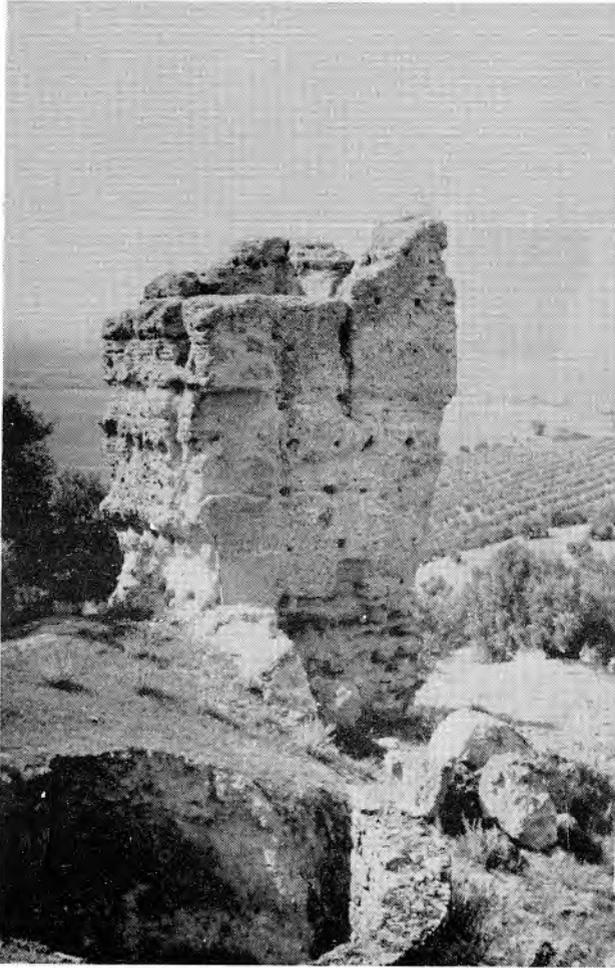
– Los cristianos destruyen este castillo en 1224 y pocos años después lo ocupan y proceden a su reconstrucción en la que sólo aprovechan el torreón del norte y fragmentos de muralla. Lo más destacado de esta nueva obra es, naturalmente, la torre del homenaje.



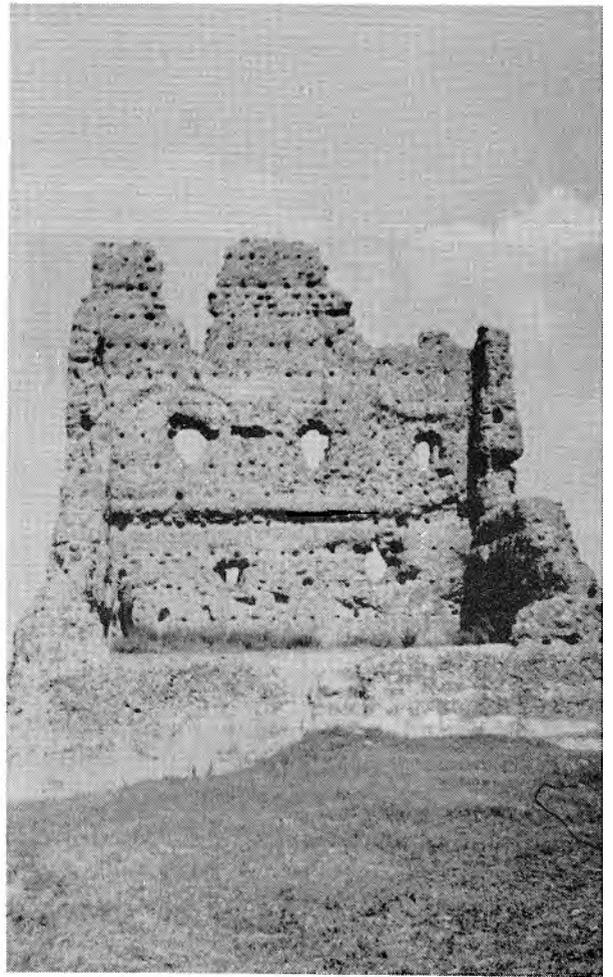
El castillo de Toya visto desde el este



Plano de la torre de Toya y esquema de las terrazas sucesivas que se aprecian en el cerro donde se asienta el castillo.



El torreón bereber de Estiviel visto desde la torre del homenaje. En primer término el pozo o catera al que se hace referencia en el artículo. Cada segmento de la escala que se apoya en el torreón mide 25 cm.

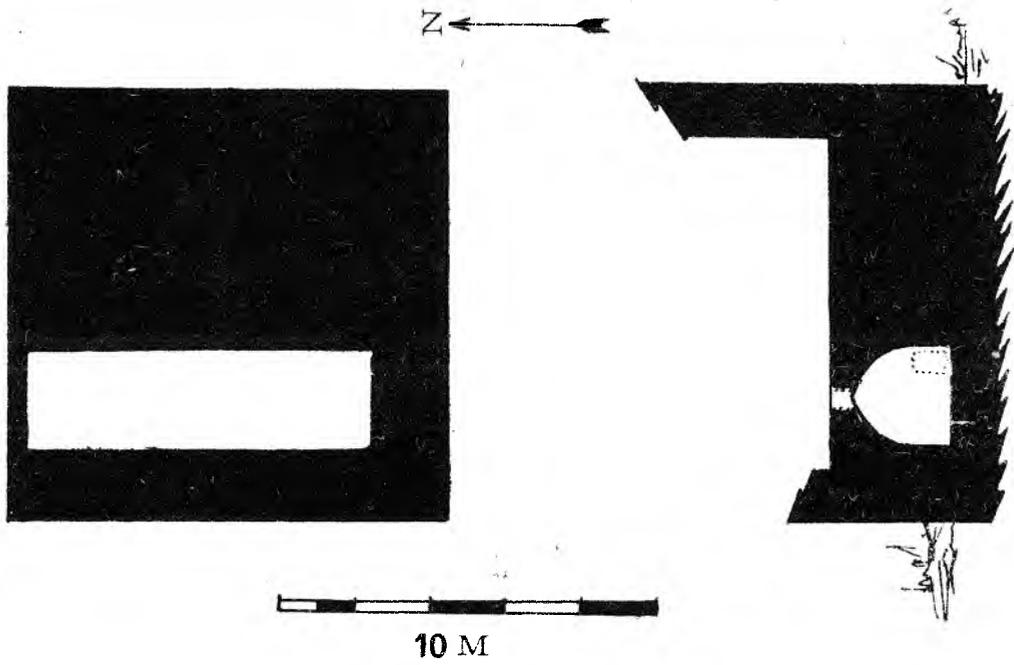


Torre del homenaje del castillo de Estiviel vista desde la plaza de armas. Se aprecia el podio macizo que le sirve de base, la estructura de los muros y la disposición asimétrica de los huecos de los distintos pisos. Obsérvese la figura humana para cálculos de escala.

LA CAMPAÑA DE QUESADA (1224)

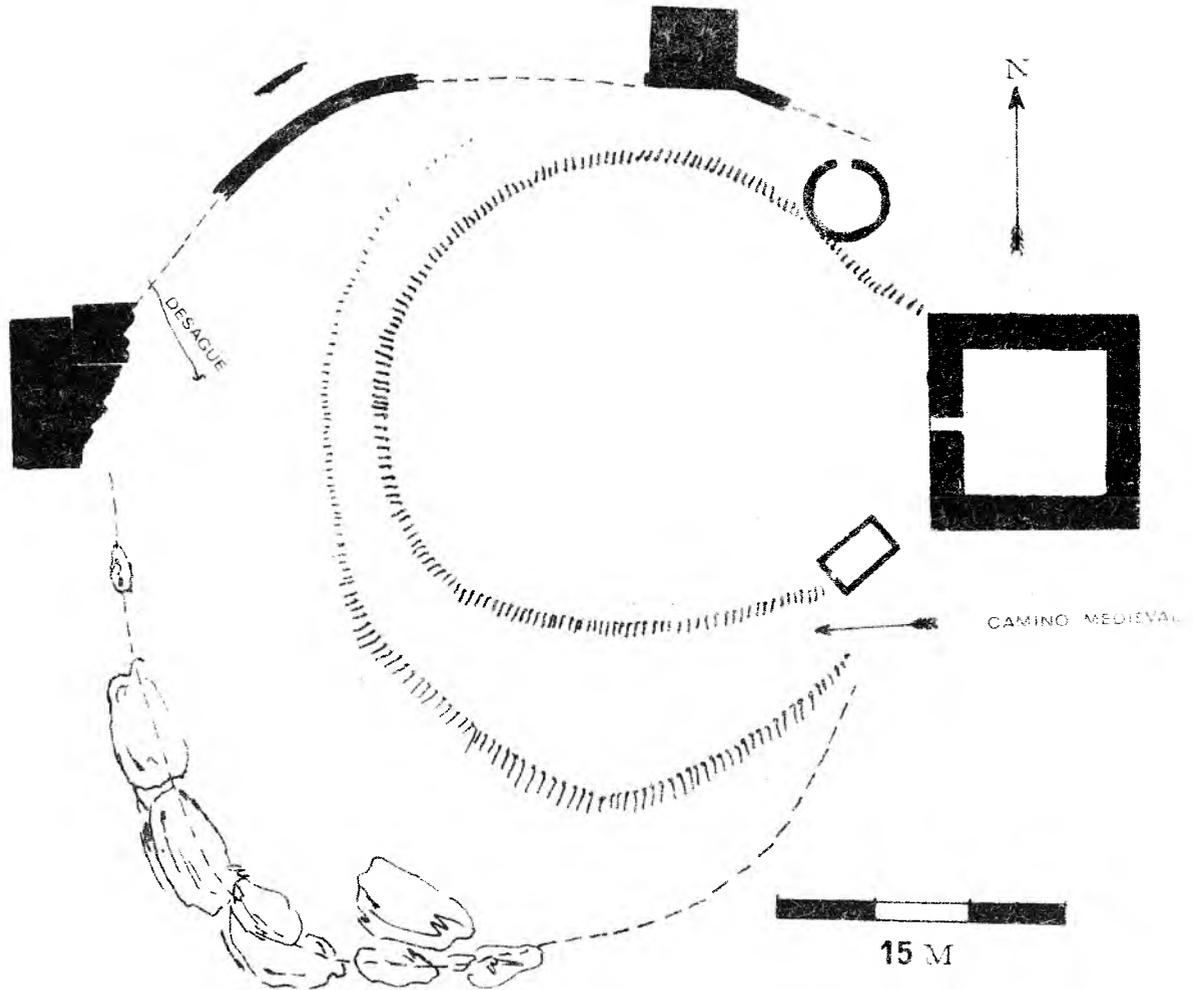


El bastión de calicanto del castillo de Estiviel visto desde el noroeste. Cada segmento de la escala mide 25 cm



El zócalo macizo de la torre del homenaje del castillo de Estiviel y su aljibe.

LA CAMPAÑA DE QUESADA (1224)



Plano del castillo de Estiviel. Al este la torre del homenaje, al norte el torreón bereber y al oeste el bastión que mira al Guadalquivir.

